

IDENTIDAD Y SUPERVIVENCIA DE LA CULTURA *

Edgar Bolívar **

A partir de un enfoque de la cultura en el que se enfatiza el acto de la comunicación, se afirma el hecho vital de la adopción de comportamientos como condición básica de la supervivencia tanto del individuo como de la tradición que se renueva en él.

En este artículo el autor formula algunas incompreensiones que surgen a partir de la distinción entre Cultura y Civilización y señala el rol de la investigación antropológica en cuanto vínculo que opera enlazando las diferencias de los modos de vida entendidos también como totalidades que se articulan a través de la palabra.

La conservación de los logros y de las obras tiene en la escritura y en las procesas de registra un espacio que revela actitudes contemporáneas hacia el saber, que replantea la relatividad de las nociones de actualización y analfabetismo. La identidad de las culturas contemporáneas puede ser pensada, en consecuencia, como el modo en que se aproximan a ese acervo: la biblioteca debe ser reconsiderada en su función como un elemento dinámico en la cotidianidad de las colectividades.

I

Situado en Chebika, una aldea perdida al sur del Magreb árabe, el etnólogo que se interna en la cotidianidad de los hombres y las mujeres describe así el ritmo y el transcurso de un tiempo que se desenvuelve como la reiteración de una milenaria costumbre:

“En torno a la clepsidra (el *gaddus*), los hombres aguardan

* Conferencia dictada en el Seminario de Desarrollo Cultural Comunitario: Medellín, octubre 1º de 1984.

** Antropólogo. Profesor en la Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Antioquia.

que el correr del agua que destila un odre en un estanque les permita medir su distribución en los campos del oasis. Sistema común en toda el área, pero cuya invención se atribuye en Chebika al morabito, a sidi Soltán. Mientras el agua corre gota a gota, empieza la palabrería. Una palabrería hecha de charla, de indiscreciones, de comadreo, de la exploración de obsesiones o de recuerdos.

La práctica de la actividad útil trae consigo la de un juego con las palabras de la lengua común, con las reglas de las relaciones de parentesco, con los desplazamientos a los lugares de la estepa desértica que empieza al pie de la aldea. Aparece el tiempo del condicional o del optativo, si no en forma sintáctica o gramatical, cuando menos en la intención de lo que se dice.

Por medio de esa palabra errante se mezclan los temas de la memoria colectiva remota o cercana, los lugares transmitidos por la radio, las leyendas oídas, el arreglo caprichoso de una geografía del espacio conocido porque en él se caza el musmón o porque se le atraviesa para llevar a Tozeur la cosecha de dátiles. De aquella charla surgen la broma y la burla. Los hombres reunidos en torno al *gaddus* no están allí para vigilar la distribución del agua. Algunos llegan simplemente para hablar, para jugar con las palabras, burlarse de ésta o de aquél, relatar viejas querellas, evocar aventuras reales o ficticias. Todo el día transcurre en aquel estado de semificción, de divagación mental, de *bricolage* imaginario.

Entretanto, en las casas altas de la aldea, las mujeres y las mozas tocan aquel pequeño tambor de arcilla con piel de cabrito o de pescado al que llaman *tarbuka*. Entre ellas, se dejan arrastrar a una libre gesticulación, al margen de los hombres, salvo de los ancianos o los niños. ¿Simulación erótica? Tal vez. Pero también un juego con actitudes y ademanes obligatorios determinados por una tradición. Sin embargo, poco a poco la ficción triunfa con el batir de pies descalzos contra el suelo endurecido.

Ademanes que son los del amor, de la cocina o del trabajo que, desviado por un momento de su sentido y su finalidad, sugiere la distensión libre, la actividad inútil (...). En el curso de aquellas largas tardes, sucede que merced al ritmo del tambor y del golpeteo de sus pies contra el suelo, una u otra de las mujeres o las muchachas cae en un estado de trance (...).

En el mismo momento, un momento que dura hasta la última

oración del crepúsculo, alrededor de la mezquita destechada, los ancianos se dejan invadir por una contemplación vaga, sin contenido preciso, creando el vacío a su alrededor y en sí mismos. Ensoñación que propone una especie de descomposición del ser fuera de la duración y del espacio. Entonces, de la palabrería que sostienen aparece un juego con las limitaciones y las obligaciones que les ha impuesto la vida cotidiana (...).

Sentado o acostado sobre alfombras, dentro del área de la tienda, entre los sacos de los cereales o los rollos de telas, atraviesa al hombre la palpitation interminable del viento que, por la noche, confusamente trae el cacareo de las gallinas cercanas y los aullidos de los perros o los chacales. Un flujo de olores, de sonoridades en movimiento, de gritos, de rozamientos diseminados en un espacio sin lindes se concentra aquí, mientras las mujeres descascarillan granos o trenzan hilos en telares bajos. Una muchacha salmodia un episodio de uno de esos relatos que llevan, al azar de los campamentos los cantores de la estepa, y cuyo conjunto nunca se da, salvo en ocasión de las fiestas que durante algunos días reúnen a las familias y a los decididos en torno a las carnes asadas (...).

Lugar apropiado para el juego con las imágenes y las palabras, las formas y los sonidos. Cuando un hombre salmodia acompañándose de la *ghaita*, que es una especie de oboe o de instrumento de dos cuerdas, con frecuencia fijo a una rama de palmera, ¿quién puede decir si la mujer que en aquel momento elige en su telar el color del hilo y el dibujo de la figura en la trama que teje, cede al mandato sonoro o es al contrario? ¿Quién puede decir si la palabra que juega con la cronología o las palabras, pese a toda verosimilitud, y suscita emociones que ignoran la realidad de las relaciones comunes, saca de la situación privilegiada de la tienda el poder de vagar fuera del círculo de las cosas conocidas?" (1).

En la extensión de este relato, en la atmósfera que crea, en la escena y la dramaturgia social que allí se desarrolla, el etnólogo reconstruye mediante un conjunto de imágenes, un segmento de la vida de una colectividad, cuyas coordenadas —de tiempo, de espacio, de sensibilidad—, son distantes para nosotros. El nos acerca y

1. DUVIGNAUD, Jean. El juego del juego. México: Fondo de Cultura Económica, 1982, pp. 26-30.

nos introduce en otro mundo, en el mundo de los *otros*. Para lograrlo, al traducir al lenguaje de la ciencia las diferencias de un estilo de vida, debe realizar diversas operaciones que, aunque invisibles, suponen la existencia de una totalidad coherente integrada que él identifica bajo el concepto de *cultura*; mediante el registro resultante de sus observaciones sobre acontecimientos rutinarios y extraordinarios aprehende una cotidianidad, una costumbre, bajo la premisa de que la cultura se expresa en *comportamientos* cuya codificación deriva de la existencia de *patrones* o *modelos* que han sido asimilados por los individuos en un prolongado proceso de socialización, hasta hacerse portadores de la cultura de su sociedad. Supone entonces que una gran porción de lo que es la cultura es observable, porque la cultura no se reduce a formas abstractas sino que constituye un hecho vital, insustituible, gracias al cual se asegura la supervivencia del individuo y con él la renovación de la sociedad.

Pero además, el etnólogo hace afirmaciones de carácter comparativo: el repertorio de categorías que aplica para presentar la particularidad de un sistema cultural se despliega al menos en tres sistemas de referencia: las categorías de pensamiento y los modos de vida de la sociedad estudiada con respecto a los del investigador y, ambos, en relación con otros sistemas culturales estudiados por otros investigadores. El etnólogo compara, y al hacerlo actúa a la vez como testigo privilegiado de una experiencia singular e irrepetible, al tiempo que como un eslabón entre dos mundos cuyo encuentro está signado, en la casi totalidad de las situaciones, por el enfrentamiento, la ruptura, el extrañamiento.

La Antropología en cuanto espacio del conocimiento que se dirige a la explicación de aquello que hay de común en las diferencias, definió los límites de su campo en un movimiento orquestado por la expansión de las fronteras geográficas y culturales de una Europa cuya crisis inauguraba el nacimiento del capitalismo. Esa Europa, cuya conciencia de sí como portadora de la Civilización, emerge ante el asombro y la irritación que provoca un mundo lleno de otras costumbres —otras pieles, otras palabras, otras deidades—; juzgadas durante largo tiempo como grotescas, prelógicas e indescifrables, superó el impacto del descubrimiento orientando racionalmente la curiosidad hacia la comprensión de esos modos de vida que combinaban, en un arreglo desconcertante a los ojos de Occidente, lo rústico y lo útil, lo simple y lo estético, con la posibilidad de una vida plena, casi siempre feliz, sin los complicados procesos del dinero, el régi-

men parlamentario, los tribunales o el ejército. Modelos en los que arraiga la visión de la nobleza del salvaje, pero a su vez, alternativas que desafiaban el complejo aparataje y la validez de la superioridad de Occidente.

A esas sociedades se les denominó *culturas*, para diferenciarlas de la *Civilización*, valiéndose de un curioso juego de exclusión e inclusión cuyos efectos prácticos beneficiaban la empresa de conquista y dominio planetarios.

El reconocimiento de las sociedades no-occidentales como culturas significó un gran paso en medio de la benevolente ironía implícita: por un acto intelectual salían del callejón del caos y la indiferenciación para adquirir el estatus de objeto científico. Como culturas se les reconocía la posesión de dimensiones de la experiencia con atributos de racionalidad técnica, como lo es en el plano de la economía en cuanto modos diversos de control de la energía y de adaptación al medio ambiente, o en el nivel de las relaciones sociales al descubrirse la lógica de las operaciones implícitas en los más variados y complejos sistemas de parentesco. En cuanto a las formas de la ideología, las investigaciones fueron completando un cuadro en el cual el ritual y el mito, la religión y el símbolo, el arte y la ceremonia, constituían un sistema coherente en el cual circulaban —y circulan— acciones plenas de sentido, sin las que los acontecimientos más rutinarios quedaban vacíos de significación. Esto que se reconoció como *cultura* fusionó el concepto a la vida y dio base al despliegue de la Antropología como una ciencia cuyo asunto, a partir de ese momento, se definió como el estudio de la cultura.

Sin embargo, los atributos gradualmente descifrados en los estilos de vida no-occidentales siguen siendo pensados como residuos cargados de una inferioridad que les condena a ser valorados como reliquias vivas, cotos de caza para el investigador, variantes exóticas para el turismo. Aquí cabe añadir que desde la vida urbana contemporánea, todos los demás espacios y modalidades son objeto del mismo metabolismo, quedando involucrados en la separación que venimos considerando.

Occidente elaboró un criterio diferenciador: Civilización equivale a vida urbana, racionalidad técnica, formas complejas de gobierno, pero fundamentalmente escritura. Y sobre la reificación de la palabra escrita, la Historia —en tanto conocimiento—, testimoniaría el desenvolvimiento ascendente de una porción de la humanidad desde la fundición de los metales hasta las máquinas pensantes de la actualidad.

El resto, sociedades *ágrafas*, la cultura vivida en la oralidad y el gesto, la memoria como archivo de los acontecimientos que se procesan en parte como dato y en parte como mito; letargos que, como el de Chebika, hemos atravesado cuando nos desplazamos con nuestro sistema de referencias a otra cultura.

II

La escritura, poderosa herramienta de objetivación de la experiencia humana, apropiación de la naturaleza por el símbolo, potenció aún más esa cualidad de la palabra: trasponer a voluntad el espacio y el tiempo, hacerse perdurable, plasmar la ficción, ser arte y mecanismo útil. Si bien en su origen se asocia con el registro de los tributos y de las propiedades, o fija leyes y castigos, es decir, aparece como expresión de la dominación del hombre por el hombre, muy pronto se desliga de ese fin utilitario e inmediato, para atesorar también la reflexión y el conocimiento y expresar, como ahora que vivimos una cultura de *signos*, relaciones de poder en la sociedad: el dominio de la información. Pero, aún en sus comienzos se manifiesta ya la paradoja de la ostentación de la cultura como signo exterior y no como apropiación: los nobles romanos alardeaban de sus lujosas bibliotecas acrecentadas con el trabajo de sus esclavos copistas! En el antiguo Egipto, escritura y prosperidad social se manifiestan en la carta que un padre envía a su hijo:

"Pon la escritura en tu corazón, pues te podrás proteger de la dura labor de cualquier género, y ser un magistrado de alta reputación. El escriba está liberado de las tareas manuales; es él quien manda. ¿No sabes manejar la pluma? Eso es lo que establece la diferencia entre tú y el hombre que maneja el remo" (2).

Así, culturas cuyo comienzo y permanencia milenarias se han basado en la comunicación mediante la voz o el gesto, se ven hoy forzadas a apoyarse en la comunicación escrita para sobrevivir y desarrollarse, en un mundo en el que signos e imágenes se constituyen en portadores de las relaciones sociales y el dominio de la información en un recurso indispensable para orientarse en él.

2. LEWIS, John. Antropología. México: Ediciones Minerva, 1969, p. 108.

Pero ¿qué tanto hay de vigoroso en la relación escritura, cultura e identidad? En el presente la Antropología no considera a la escritura como un criterio definitorio de la evolución de la cultura; tampoco acepta que se mire a las llamadas sociedades "primitivas" contemporáneas como si fuesen exponentes vivos de una condición de "infancia" de la humanidad. La analogía, por mucho tiempo sostenida, entre lo primitivo, la mentalidad pre-lógica y lo infantil, es hoy insostenible. Cuando Lévi-Strauss en muchos pasajes de sus obras acude a la figura de las sociedades "frías" y las sociedades "calientes" para distinguir dos maneras de organización del sentido de los acontecimientos y logros de una cultura, no hace otra cosa que ponderar una diferencia en cuanto a la percepción del tiempo y de la historia desde la relatividad de la mirada de un observador cualquiera. Así, su afirmación según la cual la historia que para nosotros es desconocida no implica que posea menor profundidad que la propia por el hecho de que ésta última haya sido escrita, le lleva a una conclusión categórica:

"No existen pueblos infantes; todos son adultos, aún aquellos que no han llevado el diario de su infancia y de su adolescencia" (3),

y ello porque sus intereses en torno a lo perdurable, plasmado en la piedra y en el monumento, en la vasija y la herramienta, corresponde a un orden de preocupaciones diferentes de aquel que nos incita a consignar nuestras ideas en papeles y libros. Aún más, la crítica de la historia escrita, al culto al documento y al archivo, debe emprenderse cada vez que se hace más patente la intención de hacer perdurable la visión de una clase y sus élites: una interpretación "literal" de lo escrito será siempre una lectura de superficie, un encuentro con las apariencias.

Pero, por otra parte, debe admitirse que una vez existe la escritura y ésta deviene en producción de obras, de libros, éstos se constituyen en una expresión fundamental de la cultura, sin ser la cultura. La palabra impresa se hace memoria y duración y se instala como un código cultural que hace participar al lector y al escritor en el desciframiento de una clave por ambos compartida; signo de la modernidad, el libro contiene, a veces ocultamente, las llaves de la rebelión, de las verdades difundidas silenciosa y clandestinamente...

3. LEVI-STRAUSS, Claude. Raza e historia (mimeo).

III

En el año de 1972 la UNESCO realizó en todo el mundo el Año Internacional del Libro bajo el lema "Libros para todos". Al revisar varias publicaciones asociadas al motivo de la celebración aparece como constante la inquietud ante la amenaza que los medios audiovisuales y la cibernética ejercen sobre la biblioteca, el libro y el bibliotecario. Un mundo de bibliotecas sin libros y sin bibliotecarios parece ser una de esas ficciones aplastantes, como las de Verne al imaginar la conquista de la luna o los submarinos.

Esta puede ser una ocasión adecuada para reflexionar sobre esa Babel que es la biblioteca y sobre ese acto tan singular que es la lectura.

Como ejercicio de la voluntad, como acto libre, nada puede ser comparable a la decisión de leer. La elaboración de un comportamiento, la consolidación de nuevas formas de pensamiento y de acción, pasan por la lectura como una condición insustituible. Sin embargo, las nociones de "hábito de lectura" o de "no leer" poseen significados socio-culturales diversos según se trate de individuos de países de altos niveles de desarrollo tecnológico, educados desde niños en la comunicación escrita y familiarizados en recrear constantemente su información mediante la consulta de un texto escrito; por el contrario, en una sociedad en la que la lectura no esté inscrita en una gama de procesos vitales ni animada por necesidades sociales o psicológicas, la actitud llamada "hábito de lectura" es distinta a la de una sociedad de gran consumo en la que los títulos, los autores, las colecciones, se promocionan como un champú o una crema dental, adquiriéndose ya no en la librería tradicional sino en el mismo supermercado, en la venta de cigarrillos, en la droguería de barrio.

El "no leer" significa algo distinto para un mundo en el que la lectura es algo extraño, innecesario, que para otro en el cual la vida cotidiana se desenvuelve en torno a múltiples actos de lectura —periódicos, publicidad, formularios, instrucciones, etc.—, entre los cuales la lectura de libros representa sólo un caso particular.

De este modo, la noción de analfabetismo se amplía del desconocimiento de la escritura y de la lectura en cuanto habilidades instrumentales, a la desactualización que provoca el hecho de no practicar la lectura. El "analfabetismo técnico" no se suple tan sólo en la ilusión de información que genera el "estar al día", en la voracidad del consumo de un infinito número de impresos.

Alberto Moravia condensa esta situación en el siguiente texto, a propósito de la lectura:

“...cabría distinguir entre lectura y lectura, entre libro y libro. Hay libros que hacen de la lectura un mero ejercicio físico. Esos libros, escritos para el consumo, con un lenguaje y un contenido convencionales, no se leen en realidad, sino que se los recorre con la mirada: el lector al pasar de una frase hecha a otra, de un lugar común a otro, tiene la impresión de haber leído, cuando lo único que ha hecho es constatar la existencia de un mecanismo verbal tan impenetrable como insignificante. La primera condición, pues, para que un libro sea verdaderamente ‘leído’ es que esté verdaderamente ‘escrito’. Si existe una decadencia del libro, ella no se debe al hecho de que las masas populares no lean, sino a que leen libros que no han sido ‘escritos’ sino simplemente impresos.

Por tanto, el libro debe ser pensado, creado: de lo contrario no es un libro... el porvenir del libro depende de la capacidad poética, creadora, representativa e imaginativa de la escritura” (4).

IV

Una leve alegría produce el ver a un ascensorista leyendo un “western” o a una empleada de recepción con una novela rosa en sus manos: han vencido al menos una primera resistencia a la lectura. Sin embargo, ¿cómo hacer para que ese acto se haga hábito y luego pasión y que los contenidos de la lectura enriquezcan y transformen sus relaciones con el mundo? ¿Qué hacer para que la biblioteca y la lectura seduzcan y lleguen a la fábrica, al barrio, a la vereda? ¿Cómo saber qué es lo que lee la juventud? ¿Cómo darle coherencia a las acciones del Estado, cuando se es testigo del desdén con que una bibliotecaria de la zona bananera relata lo absurdo de un entrenamiento en catalogación por computador, si el tradicional sistema de las fichas bibliográficas no opera en su oficio?

4. MORAVIA, Alberto. Imagen y Escritura. En: El correo de la Unesco, N° 1 (1972), p. 23.

Estos interrogantes pueden aproximarse a muchas de las claves para interpretar la identidad de nuestra cultura en la relación que sus miembros establecen con el saber, con su presente, con sus búsquedas y sueños. Tal vez así pueda preverse qué hacer ante una amenaza mayor; la enfermedad del insomnio en Macondo y su efecto como olvido, que no nos obligue a etiquetar: "Este lugar es una biblioteca y en él hay libros que...".